3209

Francisco Ramos de Castro
y José Mesa Andrés

DE REGIA ESTIRPE

COMEDIA LIRICO-DRAMÁTICA
en un acto, dividido en cuatro cuadros,
en prosa y verso, original
escrita para el beneficio del notable
y popular barítono Severo Uriverri
música del maestro
ENRIQUE MAYOL

Copyright, by F. Ramos de Castro y J. Mesa Andrés, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1911

De regia estirpe.

COMEDIA LÍRICO-DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS,

en prosa y verso, original de

Francisco Ramos de Castro y José Mesa Andrés.

Música del maestro

ENRIQUE MAYOL

Estrenada en el TEATRO MARTÍN *la noche del 5 de Mayo de 1911.*

MADRID
TIPOGRAFÍA UNIVERSAL
Cabestreros, 5.
1911

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservès pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A SEVERO ULIVERRI

Para tí se escribió esta obra, y recompensaste nuestro afán haciéndola magistralmente.

Nosotros, agradecidos, te la dedicamos, porque aquellas ovaciones que á tu lado escuchamos á tí las debemos y á tu arte, que no encontró obstáculo para electrizar al público y á nosotros mismos.

Queremos hacer presente un cariñosísimo voto de gracias á tu hermana, la gentil Eulalia, que por cariño á tí y (¿por qué no darnos ese bombo?) deferencia á nosotros, se encargó de un papel inferior de toda inferioridad á la categoría que por sus méritos ocupa en el Teatro.

Nunca os olvidaremos, como esperamos que tú tampoco nos olvidarás nunca, aunque solo sea considerando que si como autores no somos eminencias, como amigos dejamos en la lactea-da á Daoiz y Velarde.

Castro.—Mesa.—Mayol.

18—5—1911

A LA COMPAÑÍA DE MARTÍN

Por obligación os damos las gracias, porque obligación es hacer constar que V. Carrasco, inimitable Cascabel, sonó una barbaridad, hasta que sucumbió aplastado por la ovación del público al hacer el soberbio mutis del tercer cuadro.

¿Qué te diremos á tí, saladísimo Miranda, que supiste sacar parte cómica de donde no la había?

¿Y á V., Sra. Train, característica sin igual? ¿Y á todos vosotros, Del Toro, Ibáñez, Benavides, Palomino y Barta? ¡Gracias! ¡Un serón de gracias y repartíroslas como podáis!

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELVIRA.	Srta. Uliverri.
DUQUESA DEL RAGOUT.. . .	Sra. Traín.
HECTOR LEBLANC.	Sr. Uliverri.
MARQUÉS DE ALBANIA.. . .	» Del Toro.
CONDE GASTÓN. . . , . .	» Ibáñez.
CASCABEL.	» Carrasco.
GUILLOT	» Miranda.
LEBLANC *(Padre)*.	» Benavides.
BARÓN.	» De Francisco.
JORGE.	» Palomino.
RENATO..	» Barta.
ANDRÉS..	» Cadenas.
DUQUE. . . . . / BRUNOT..	» Merendón.
UN COMISARIO.	» Díaz.
UN CRIADO..	» Povedano.
GRISETA 1.ª.	Srta. Arrosamena.
IDEM 2.ª.	» Celles.
REVOLUCIONARIO 1.º. . . .	Sr. Díaz.

Grisetas, revolucionarios, aristócralas y gente del pueblo.

La acción en París, durante el reinado de Luis XVI.

Las indicaciones del lado del actor.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Despacho del Marqués de Albania. Dos puertas en cada lateral. En segundo término derecha mesa de despacho y ante ella un sillón; á su derecha otra mesa. En el lateral de enfrente otras dos mesas más pequeñas y sillas; sobre las mesas papeles, etc., etc. En el foro centro, una puerta y en su fondo caja de caudales. Al levantarse el telón, el MARQUES estará sentado en el sillón; JORGE en una mesa, y frente á él ANDRES y RENATO.

ESCENA I

MARQUÉS, JORGE, ANDRÉS *y* RENATO

MARQUÉS. ¡Jorge!

JORGE. ¡Señor Marqués! (Levantándose.)

MARQUÉS. ¿Habéis repasado el proyecto de carretera que os dí?

JORGE. Sí, señor.

MARQUÉS. Y ¿qué os parece?

JORGE. El proyecto es inmejorable; pero... dudo que pueda realizarse.

MARQUÉS. (Asombrado.) ¿Por qué?

JORGE. Señor, tal vez juzguéis de atrevida mi opinión; pero, sin embargo, y pidiéndoos perdón anticipadamente, voy á dárosla.

MARQUÉS. Hablad.

JORGE. La Francia atraviesa un período violentísimo. La Monarquía se desmorona. La República es el ansia del pueblo, y éste estará más dispuesto á empuñar los fusiles para proclamarla, que á coger los picos para construir una carretera.

MARQUÉS. Caballero Jorge, estáis equivocado; la República no vendrá.

674273

JORGE. (Inclinándose.) Vos sois Secretario de un Ministro del Rey y debéis saberlo.

MARQUÉS. Porque lo sé, os lo digo.

JORGE. Sin embargo, la República es una necesidad.

MARQUÉS. ¡Jorge!

JORGE. He dicho necesidad y he mentido; la República será una consecuencia.

MARQUÉS. Veo con disgusto que las doctrinas de Héctor Leblanc, ese poetrastro, hijo de mi cajero, os han pervertido y os han hecho partidario de sus descabezadas ideas.

JORGE. Ningún hombre de corazón y de honor, señor Marqués, puede seguir más ideas que las que su conciencia le indique.

MARQUÉS. Está bien; seguid vuestro trabajo y no hablemos más de esto. En cuanto á Héctor, desde hoy dejará de pisar esta casa y lo siento por su padre, mi cajero, que es un verdadero hombre honrado.

JORGE. Héctor también lo es, señor.

MARQUÉS. Lo es; pero dejará de serlo si sigue con esas malditas ideas, enemigas del Rey y de la Patria.

JORGE. Del Rey no más.

MARQUÉS. Basta, seguid trabajando, y cuando venga el cajero Leblanc, decidle que le espero.

JORGE. Está bien. (Mutis del Marqués por la derecha.)

ESCENA II

Dichos, menos el MARQUÉS.

ANDRÉS. ¡Pobre Héctor!

JORGE. ¡Pobre! ¿Por qué? Héctor es el mejor de los poetas de la República.

ANDRÉS. No nombréis aquí eso, porque es un peligro.

RENATO. ¿De modo que Héctor no volverá á esta casa?

JUAN. Así lo ha dicho el Marqués.

JORGE. Lo siento por Elvira.

ANDRÉS. ¿La sobrina?

JORGE. La misma.

RENATO. ¿La ama Héctor?

JORGE. Más aún, se aman.

RENATO. ¡Pobre Héctor! Esa es la mayor desgracia que podía ocurrirle!

ESCENA III

Dichos y GUILLOT *por la izquierda.*

GUILLOT. ¡Salud y República!
ANDRÉS. ¡Guillot!
JORGE. ¡Silencio, desdichado! ¡Si te oye el Marqués vas á galeras!
GUILLOT. ¿Quién es el Marqués? Algo hoy, nada mañana, y menos que nada pasado mañana. Estos Marqueses son el mejor abono para que la República florezca; pero no vengo á deciros esto, vengo á daros una buena noticia.
ANDRÉS. Habla.
GUILLOT. Héctor, el poeta Héctor, el republicano Héctor; Héctor el mejor de los amigos, ha sido premiado con la medalla de oro por su brillante poesía titulada «República».
JORGE. ¿El Rey le ha premiado?
GUILLOT. ¡Quiá! El Comité republicano.
JORGE. Entonces el premio es nulo.
GUILLOT. Dejará de serlo en cuanto se proclame la República, que será muy pronto.
RENATO. ¡Si hasta entonces no comes!...
GUILLOT. Nulo ó no, Héctor viene á que le felicitéis.
JORGE. ¿Dónde está?
GUILLOT. En el piso bajo recibiendo los plácemes del resto de los empleados.
RENATO. ¡Ya sube! ¡Ya sube!
JORGE. ¡Viva el primero de nuestros poetas!
GUILLOT. ¡Viva el primero de nuestros republicanos!
RENATO. ¡Viva la Rep...!
GUILLOT. (Tapándole.) Todavía no.

ESCENA IV

Dichos, HECTOR *y coro de empleados por la izquierda.*

Música.

CORO. Viva, viva el poeta del pueblo;
viva, viva el gentil campeón
más valiente que tiene la patria
y el poeta de gran corazón.
HECTOR. Salud, amigos míos
y alegres compañeros.

En nombre de la patria
vuestro homenaje acepto;
pues ella es nuestra madre,
la gloria de ella es.
¡Viva la Francia libre!
¡Viva nuestro poder!

CORO. Bajo el peso de mi yugo
el tirano morirá,
y ya libre del verdugo
Francia resucitará.
Libre de su ley odiosa
gozaré de libertad
protegido por la hermosa
y sacrosanta igualdad.

HECTOR. Yo la República quiero y proclamo,
para los hombres quiero igualdad.
No quiero dueño, no quiero amo,
quiero tan solo la libertad.

CORO. ¡Libertad!

HECTOR. Libertad, que es la vida.

CORO. ¡Libertad!

HECTOR. Libertad, que es amor.
A los nobles orgullosos
arranquemos su blasón
y en su puesto coloquemos
de igualdad nuestro pendón.

CORO. ¡Viva el pueblo que sucumbe
luchando por la igualdad,
y al grito de ¡Francia libre!
muere por su libertad!

Hablado.

JORGE. ¡Expulsemos los tiranos!

ANDRÉS. ¡Desacatemos la ley!

HECTOR. ¡Viva Francia, ciudadanos!

TODOS. ¡Viva Francia!

ESCENA V

Dichos y el MARQUÉS *por la derecha.*

MARQUÉS. ¡Viva el Rey!

JORGE. ¡Señor Marqués!

MARQUÉS. ¿Sois vosotros
los que á la Patria insultáis?

HECTOR. ¡No hay tal! que si vos la amáis

también la amamos nosotros.

MARQUÉS. ¡Basta! ¡Salid de esta casa!
violentad la opinión pública;
¡sayones de la República,
vuestro contacto me abrasa!

HECTOR. ¡Marqués!

MARQUÉS. Turba maldecida,
váis la Patria á asesinar.

HECTOR. ¡Mentís! La vamos á dar
con la libertad, la vida.
¡A librarla del verdugo
que tiene al pueblo oprimido,
y á ese pueblo bendecido
vamos á quitarle el yugo.
Tu despótico blasón
vamos, Marqués á romper,
y vamos hombres á hacer
de aquellos que esclavos son.
Para mi Francia querida
vamos buscando otra suerte,
bendiciendo nuestra muerte
si es nuestra muerte su vida.
No somos, no, criminales.
¡Somos ciudadanos fieles!
y rotos vuestros cuarteles,
los hombres serán iguales.
No habrá dueño ni señor,
vuestro poder morirá
y nuestro ideal será
Patria, libertad y amor.

MARQUÉS. ¡Basta ya! ¡Salid ó llamo!
¡Al pueblo representáis!

HECTOR. ¡Al pueblo, y no le oprimáis
porque el pueblo será el amo!
(Mutis por la izquierda.)

ESCENA VI

MARQUÉS, *solo.*

MARQUÉS. ¡Infames! ¡Tienen razón!
negarlo fuera simpleza.
El Rey, sobre su cabeza,
tiene la revolución.
En contra, la opinión pública,
y pese á la dicha mía

morirá la Monarquía
y nacerá la República.
Tal vez, en la lucha muera
con la sublevada grey...
Antes que mi vida, el Rey,
y antes que él, la Francia entera.

ESCENA VII

MARQUÉS *y* LEBLANC *por la izquierda.*

LEBLANC. ¡Señor Marqués!
MARQUÉS. ¿Eres tú, Leblanc? Pasa, amigo mío, pasa.
LEBLANC. Señor, acabo de saber...
MARQUÉS. No prosigas, Leblanc. Sí, es cierto, he arrojado á tu hijo de mi casa.
LEBLANC. Y, ¿puedo saber...?
MARQUÉS. ¿El por qué? Escucha: Tu hijo es un republicano revolucionario.
LEBLANC. Yo también, señor.
MARQUÉS. ¿Tú también? ¡Voto al infierno! ¡Ya lo sé! Pero tú eres bueno; tú no sublevas á nadie; tú haces de tu corazón santuario de tus ideas; tú no insultas al Rey; tú no vienes á mi casa á incitar á los míos, tú eres un hombre de honor, y Héctor...
LEBLANC. Héctor también, señor Marqués.
MARQUÉS. No hablemos más de esto. Olvidemos por un momento las luchas intestinas que roen á la Francia y tratemos de nuestros negocios. ¿Traes las cuentas de mi ahijada?
LEBLANC. Aquí están, señor.
MARQUÉS. Bien. (Toca un timbre y aparece un criado.) Diga usted á la señorita Elvira que tenga la bondad de venir. (Repasa los papeles.) Aquí está el capital... aquí la renta.

ESCENA VIII

Dichos y ELVIRA *por la derecha.*

ELVIRA. ¿Me llamábais, tío mío?
MARQUÉS. Sí, querida Elvira, te llamaba.
ELVIRA. ¡Hola, señor Leblanc! y ¿Héctor?
LEBLANC. Héctor y yo, deseando serviros, señorita.
MARQUÉS. Ved qué sobrina más linda tengo, Leblanc.
ELVIRA. ¡Tío!
MARQUÉS. Solo cuando pienso en ella, me aterroriza la lucha. ¿Qué sería de tí si yo faltase?

LEBLANC. El Conde Gastón, vuestro hijo, sería su protector.

MARQUÉS. Es que si yo muriese, mi hijo tendría que vengarme.

ELVIRA. Vuestro hijo y yo, señor tío, que por algo llevo vuestra sangre en mis venas; y si vuestra nobleza procede de estirpe regia, la mía, señor Marqués, también es de regia estirpe... ¡Já!... ¡Já!... ¡Já!...

MARQUÉS. ¡Eres encantadora! Bueno, aquí tienes las cuentas que tengo que rendirte como tutor tuyo. ¿Ves? Tu capital aumenta considerablemente.

ELVIRA. Bueno, bueno, bueno. Doy mi visto bueno á mi querido administrador, y con su venia me retiro, porque más graves ocupaciones me reclaman.

MARQUÉS. ¿Más graves ocupaciones?

ELVIRA. Sí, mi coste de muñecas está muy descuidada. ¡Ah! Tenéis que regañar á vuestros criados; uno de ellos esta mañana ha tirado la corona á mi rey de biscuit.

LEBLANC. Sería republicano, señorita.

MARQUÉS. ¡Qué niña eres!

ELVIRA. Venid, venid y lo veréis. ¿Qué hago yo, querido tío, si no parece la coronita de mi pequeño rey?

LEBLANC. Le hacéis un gorro frigio y proclamáis la República en vuestro diminuto Estado. Siempre es más barato un gorro frigio que una corona.

ELVIRA. ¿Y si se le pierde también?

LEBLANC. No lo creáis; el gorro frigio se sujeta más á las sienes.

MARQUÉS. ¡Leblanc!

LEBLANC. ¡Perdonad, señor Marqués!

ELVIRA. Vamos. (Mutis.)

ESCENA IX

GASTÓN *por el foro,*

(Gastón por la derecha, toca un timbre y aparece un criado.)

CRIADO. ¿Llama el señor Conde?

GASTÓN. ¿Se ha levantado mi padre?

CRIADO. El señor Marqués está en el gabinete azul con la señorita y el señor Leblanc.

GASTÓN. ¿Ha venido alguien á preguntar por mí?

CRIADO. Un hombre mal vestido, que dice llamarse «Cascabel».

GASTÓN. ¿Dónde está?
CRIADO. En el recibimiento.
GASTÓN. Que pase. (El criado hace mutis por donde entró.)

ESCENA X

GASTÓN *y* CASCABEL *por la derecha.*

GASTÓN. Nada de cobardías ni miramientos. La situación es grave. Cuanto antes mejor.
CASCABEL. ¿Dá V. E. su permiso?
GASTÓN. Pasa, amigo Cascabel.
CASCABEL. V. E. me conmueve, señor Conde. ¡Llamar amigo suyo á un histrión, á Cascabel el payaso! Sois bien modesto, señor Conde.
GASTÓN. Bien, payaso amigo, suprime tus lisonjas. Te necesito.
CASCABEL. ¿Quién vá á morir?
GASTÓN. No tanto... por ahora. Sabes que para tí no tengo secretos. Tú has sido el cómplice que tuve siempre en mis calaveradas, y si te diese la mala idea de divulgarlas, yo sé algo de una pobre vieja que murió estrangulada cierta noche.
CASCABEL. Callad, señor Conde; no me recordéis mis hazañas. Para tener mi puñal á vuestra disposición, no necesitáis eso.
GASTÓN. Escucha entonces de lo que se trata. Yo, el Conde Gastón, envidiado de todos, hijo del Marqués de Albania, estoy arruinado.
CASCABEL. ¿Entonces?
GASTÓN. ¡Atiende! Mi prima, de la que es tutor mi noble padre, posee una inmensa fortuna, y el que con mi prima se case, será rico.
CASCABEL. Pues bien, casaos con ella.
GASTÓN. De eso se trata, solo que mi linda prima no se muestra muy propicia á ese enlace.
CASCABEL. Haced que vuestro padre la obligue.
GASTÓN. ¡Ah! ¡Pobre payaso, no conoces á mi padre! El Marqués está arruinado también y prefiere la ruina á que se sospeche que él hace la boda para guardarse el capital de su pupila.
CASCABEL. Y ella, ¿por qué no os ama?
GASTÓN. ¡Admiro tu talento, payaso! Ese es el quid. Ella no me ama, porque ama á otro, á Héctor, el poeta Héctor Leblanc, hijo del cajero de mi padre, y á ese es al que hay que suprimir.

CASCABEL. ¿A Héctor?
GASTÓN. No, á su padre.
CASCABEL. No comprendo.
GASTÓN. Escucha. Yo sé que un golpe dado por tí, me librará de mi rival; pero me horroriza la sangre y he discurrido otro medio En esa caja de caudales hay mucho dinero, y además á mano derecha unos documentos que comprometen la Monarquía. Apoderándonos de esos documentos y de ese dinero, y colocándolos en la cartera del cajero, nadie dudaría de que él es el ladrón.
CASCABEL. Son pocas pruebas.
GASTÓN. Hay más.
CASCABEL. Veamos.
GASTÓN. Esa caja tiene un candado de letras, cuya combinación solo sabemos Leblanc, mi padre, y yo. Mi padre no puede robarse á sí mismo, y yo, Conde y Juez de acrisolada probidad, no puedo ser ladrón.
CASCABEL. Aunque sepáis la palabra, hace falta una llave.
GASTÓN. Todo está previsto. Saqué un molde, y he aquí la llave.
CASCABEL. ¡Pobre cajero! Le veo en presidio por ladrón.
GASTÓN. Y un poco más lejos por traidor.
CASCABEL. ¿A la guillotina?
GASTÓN. Has acertado. Pero, ¿vas á tener remordimiento?
CASCABEL. No sé que es eso. Bien... ¿Cuándo se dá el golpe?
GASTÓN. Ahora mismo.
CASCABEL. ¿La llave?
GASTÓN. Toma. (Se la dá.)
CASCABEL. ¿La palabra?
GASTÓN. Guillotina.
CASCABEL. ¡Señor Conde!
GASTÓN. ¿Tienes miedo?
CASCABEL. Tampoco sé lo que es... pero...
GASTÓN. Abreviemos. ¿Aceptas?
CASCABEL. Acepto con una pequeña formalidad, firmadme este papel.
GASTÓN. ¿Desconfías de mí?
CASCABEL. No os extrañe, mi querido señor. Vosotros os olvidáis en seguida de nosotros, y bue-

no es tener algo que os obligue á recordarnos de vez en cuando.

GASTÓN. Y, ¿qué dice ese papel?

CASCABEL. Cuatro palabras: «El payaso Cascabel, cometió todos sus delitos por orden mía».

GASTÓN. ¡Eso es falso!

CASCABEL. Perdonad. Eso es cierto.

GASTÓN. Bien. Te lo firmaré, trae. (Firma.) (Aparte.) No lo tendrás mucho tiempo en tu poder.

CASCABEL. ¡Manos á la obra!

GASTÓN. No... Aún no está aquí la cartera. Entra en mi cuarto y espera á que te avise. Por aquí... No muevas ruído y piensa que en tu cuidado están tu vida y mi honor.

CASCABEL. Dos cosas que no tienen precio, señor Conde. (Mutis por la derecha primer término.)

ESCENA XI

GASTÓN *y en seguida* ELVIRA *por la derecha.*

GASTÓN. Creo que por esta vez triunfo, y respecto á ese papel, no sabe Cascabel que al hacérmelo firmar, ha hecho firmar su sentencia de muerte.

ELVIRA. Buenos días, primo.

GASTÓN. A tus pies, Elvira. (La besa la mano.)

ELVIRA. ¿En quién pensabas?

GASTÓN. En tí.

ELVIRA. Galante estás.

GASTÓN. No es cumplimiento.

ELVIRA. ¿Qué es?

GASTÓN. Amor.

ELVIRA. ¡Amor!

GASTÓN. ¡Amor, prima mía!

ELVIRA. ¿Quién te lo inspira?

GASTÓN. Tú.

ELVIRA. Desgraciado es el caballero.

GASTÓN. Irónica estás, prima.

ELVIRA. No es ironía.

GASTÓN. ¿Qué es?

ELVIRA. Lástima.

GASTÓN. ¿De quién?

ELVIRA. De tí.

GASTÓN. Y, ¿qué hice yo para inspirar compasión?

ELVIRA. Sitiar una fortaleza tomada.

GASTÓN. ¿Por quién?
ELVIRA. Por un conquistador que se te anticipó.
GASTÓN. Sabré vencerle.
ELVIRA. No por eso conquistarás la fortaleza.
GASTÓN. Moriré en la lucha bendiciendo mi suerte.
ELVIRA. Galante estás, primo. Adiós y no luches, que la vida es hermosa.
GASTÓN. Irónica estás, prima; pero lucharé, porque la lucha es amor, y amor es vida.
ELVIRA. Adiós, primo Gastón. (Mutis por la derecha.)
GASTÓN. Beso tus pies, prima Elvira.

ESCENA XII

GASTÓN, *solo*.

GASTÓN. ¡Ah! ¡Fortaleza de granito! Piedra por piedra te desmoronarás; una por una tiraré por tierra tus ilusiones y entonces caerán en mis brazos tu cuerpo y tu capital; este último es el que me hace más falta.

ESCENA XIII

Dicho, MARQUÉS *y* LEBLANC.

MARQUÉS. Una vez preparadas las cuentas, ponérmelas á la firma y no os preocupéis por vuestro hijo. ¡Yo ya no me acuerdo de nada! ¡Es joven y... nada, nada, no os preocupéis!
LEBLANC. Señor, sois noble por vuestra sangre y por vuestros actos.
GASTÓN. Gracias en su nombre.
MARQUÉS. ¡Hola, Gastón!
GASTÓN. Permitidme, padre mío, que me honre dando un beso al primer noble de Francia. Os saludo, señor Leblanc.
LEBLANC. Y yo á vos, señor Conde.
GASTÓN. ¡Padre!... (A Leblanc.) Con vuestro permiso.
LEBLANC. Le tenéis, caballero.
MARQUÉS. ¿Qué te sucede?
GASTÓN. ¿A qué obedece ese aire preocupado de vuestro cajero?
MARQUÉS. A nada, no hagas caso. Calaveradas de su hijo.
GASTÓN. No, padre, estáis dormido. Vuestro cajero es republicano, conspira; es un espía de su hijo.

¿No le véis taciturno y sombrío como el que piensa cometer un crimen?

MARQUÉS. Cierto. Leblanc, ¿qué os pasa?

LEBLANC. (Sorprendido.) Señor Marqués... nada... nada... no me pasa nada.

MARQUÉS. (A Gastón) Tienes razón. Viviré prevenido. Hasta ahora, Gastón.

GASTÓN. Adiós, padre mio.

MARQUÉS. (¿Qué le sucederá?) (Mutis derecha.)

ESCENA XIV

GASTÓN *y* LERLANC.

GASTÓN. Señor Leblanc, ¿qué tenéis? Estáis preocupado.

LEBLANC. Estas cuentas que...

GASTÓN. Pues no os descuidéis, no sea que no os salgan bien las cuentas.

LEBLANC. ¡Señor Conde!

MARQUÉS. (Dentro.) ¡Leblanc!

GASTÓN. Id, os llama mi padre.

LEBLANC. Con vuestra venia. (¿Sospechará que mi hijo la ama? (Mutis por donde el Marqués.)

ESCENA XV

GASTÓN *y* CASCABEL *por donde se fué.*

GASTÓN. Cascabel. ¡Sal! Pronto. Yo vigilaré. (Se dirigen á la caja. El Marqués sale por la derecha, dirigiéndose á la mesa de Leblanc. Al verle los cómplices, se ocultan aterrados. El Marqués no los vé.)

MARQUÉS. ¿Dónde estará esa maldita cuenta? ¡Ah! Está aquí. (Mutis.)

CASCABEL. Creí que estábamos perdidos.

GASTÓN. Calla y trabaja... Los papeles vengan. (Cascabel efectúa el robo.) Aquí en su cartera. El gemelo en el sitio de los papeles... El dinero... Esto para tí. Vete y avisa en el puesto de policía de mi parte.

CASCABEL. Adiós, señor Conde. (Mutis izquierda.)

GASTÓN. ¡Vete, Cascabel, vete!

ESCENA XVI

LEBLANC *por la derecha.*

LEBLANC. Lo sospecha, no me cabe duda. ¡Pobre Héctor! ¡Pobre hijo mío! Alto, muy alto has puesto

tu amor, y tu amor te abrasará como á la mariposa la luz. ¡Pobre poeta, que en su idealismo soñó con la princesita de los ensueños! Mañana no creerás en el amor; el amor habrá perdido un corazón. Vive y no sueñes, viejo Leblanc; tu vida está encerrada aquí, entre números y letras, entre pagarés y... ¡Oh! (asombrado.) ¡La caja abierta! ¡Me han robado! ¡Me han deshonrado! ¡Socorro! ¡Señor Marqués! ¡Señor Conde! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡¡Me han robado!! ¡¡Me han robado!!

ESCENA FINAL

Dicho, MARQUÉS, CONDE, ELVIRA *por la derecha; el* COMISARIO *por la izquierda, cuando el diálogo lo indique.*

MARQUÉS. (Entrando.) ¿Qué pasa?

GASTÓN. (Idem.) ¿Qué sucede?

ELVIRA. (Idem.) ¡Señor Leblanc! ¡Señor Leblanc!

LEBLANC. (Señalando la caja y como atontado.) ¡¡Me han robado!! ¡¡Me han robado!! (Cae en un sillón.)

MARQUÉS. (Con espanto.) ¡¡Robado!!

GASTÓN. ¡¡La caja abierta!! (Registrando la caja.) ¡Padre! ¡Padre! Los papeles no están en su sitio; vuestra vida peligra.

COMISARIO. (Entrando.) Señor Marqués, á vuestras órdenes. ¿A quién hay que prender?

MARQUÉS. No me atrevo á acusar.

GASTÓN. (Bajando al proscenio.) ¡Quietos! Padre, ante vuestro honor no debe haber miramientos. Registrad á ese hombre.

LEBLANC. (Levantándose loco de terror.) ¿A mí?

GASTÓN. ¡A vos!

ELVIRA. ¡No! ¡A su padre no!

GASTÓN. ¡Aquí están!

ELVIRA. ¡Era él!

COMISARIO. Y el dinero.

MARQUÉS. ¡Leblanc! ¡Jamás lo hubiera creido!

LEBLANC. ¡Por mi hijo, señor Marqués, por mi hijo os juro que soy inocente, que soy inocente!

GASTÓN. ¡Callad! Señor Comisario, prended á ese hombre por traidor á su Rey y por ladrón.

LEBLANC. ¡¡Por ladrón!! ¡¡Por ladrón yo!!

GASTÓN. ¡Por ladrón, sí! ¡Prendedle! ¡prendedle!

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Plaza de París. Al foro derecha, puerta de un teatrito con una grada; sobre la puerta del teatro, un letrero que diga: «Teatro de la vida»; á un lado una campana, de cuyo badajo pende una cuerda. En el primer término del mismo lateral, portalón iluminado, y sobre éste un balcón. Enfrente puerta de hostería, y ante ella dos ó tres mesas y varias sillas; en una de éstas HÉCTOR, rodeado de varios poetas, entre ellos JORGE y ANDRÉS, charlan y beben.

Sobre la música.

JORGE. ¡Mozo, vino! ¡Vino del mejor!
ANDRÉS. Héctor, alegra esa cara.
JORGE. Todo se cura con vino y amor.

Música.

CORO. Ya llegó la hora del descanso.
Ya los pobres podemos alegrar
nuestro espíritu siempre entristecido
de tanto trabajar.
Ya llegó la hora deseada
en que libres podemos disfrutar,
y en los brazos sublimes del amor
las penas olvidar.

ELLOS. Griseta mía,
cuánto te quiero.
Si yo algún día
tengo dinero,
pienso hacerte, sin tardar,
para formar el hogar
la divina compañera
de mi vida aventurera.

ELLAS. Trabajador, trabajador,
deja tu melancolía,
y mientras llega ese día
te daré pruebas de amor.

ELLOS. Amor, amor
pide mi pecho de trovador.

ELLAS. Diversión, diversión
pide, bohemio, mi corazón.

(Aparece el payaso Cascabel en la puerta del teatrito tocando ruidosamente la campana. El coro le rodea.)

Recitado sobre la música.

Pasad, pasad, señores, adentro la comparsa.
Todo es falso. Sin duda por equivocación
son mis polichinelas los hombres en la farsa,
los hombres en la vida polichinelas son.
Pasad, pasad, señores, que vá á representarse
la farsa de la vida, la farsa del amor.
Veréis como el payaso, riendo á carcajadas,
blasfema de los hombres, disfraza su dolor.
Pasad, alegre pueblo, aquí todo es mentira,
veréis que mis muñecos como los hombres son,
que mezclan altiveces y orgullos de aristócratas
con la ironía amarga del miserable histrión.
Pasad, pasad, señores, la farsa vá á empezar.
¡la farsa que ha compuesto copiada de la vida
el sublime poeta, el gran Héctor Leblanc!

(El coro aplaude. El mismo inicia el mutis, unos hacia el teatro, y otros hacia otros términos de cualquier lateral.)

CORO. Pasemos al teatro
de los polichinelas.
Riamos de sus gestos
de cómico dolor,
Pasemos al teatro
que vá á representarse
la farsa de la vida,
la farsa del amor.

(Mutis Cascabel y coro.)

Hablado.

JORGE. ¡Bravo! ¡Héctor! ¡Bravo!

GUILLOT. ¡Tú llegarás, querido Leblanc! Tú no te verás como yo arrojado de mi casa por la patrona y fabricando narices de cartón para poder comer. Con lo que me producía mi fabricación, hubiese podido vivir si mi patrona hubiese aguardado para cobrar á que me saliese de las narices lo suficiente para pagarla, pero no lo hizo y me echó al arroyo.

HECTOR. ¡Pobre Guillot!

GUILLOT. ¡Ay, qué ganas tengo de que venga la República!

HECTOR. ¿Para qué?

GUILLOT. Para guillotinar á todas las patronas

HECTOR. Y ¿te atreves á desear la República tú, el niño mimado de la Duquesa del Ragout?

GUILLOT. Si lograra casarme con la vieja duquesa,

desearía más aún que viniese la República, porque así la guillotinaban y me quedaba yo con los cuartos.

ESCENA II

Dichos y RENATO, *por la derecha.*

RENATO. ¡Salud, poeta!

JORGE. (Levantándose.) ¡Con permiso, señores! (A Renato.) No le digas nada. No sabe aún lo de su padre.

RENATO. ¡Pobre Héctor! Descuida. Querido Héctor, mi enhorabuena por el éxito de tu farsa.

HECTOR. Gracias, Renato; mi farsa no tiene ningún mérito.

JORGE. Es un pedazo de vida.

ANDRÉS. Creo que piensan condecorarte.

HECTOR. Harán mal. Yo he escrito mi farsa, no para conseguir honores ni medallas, sino para el pueblo, para que este pobre pueblo mío, noble y oprimido, la vea y comprenda que él es el único amo, y que ante su ímpetu y su pujanza no hay dique posible.

GUILLOT. Pues sí... la has escrito para algo.

HECTOR. Y mientras el pueblo se entera de mi farsa, brindemos nosotros por su prosperidad y por su triunfo. ¡Mozo! Más botellas.

ESCENA III

Dichos, GASTÓN *y el* DUQUE, *por la derecha.*

DUQUE. Ya hemos llegado á vuestra casa.

GASTÓN. Subid.

DUQUE. Imposible, querido Conde, tengo que hacer.

GASTÓN. Como gustéis.

DUQUE. Os felicito sinceramente por vuestra brillante acusación. Os habéis acreditado como fiscal.

GASTÓN. ¡Bah! No lo creáis. Mi acusación carece de mérito, puesto que la infamia del viejo Leblanc estaba bien probada.

DUQUE. De todas maneras...

HECTOR. (Acercándose.) Perdonad, señor Conde; acabo de oir mi apellido en vuestros labios, y como lo habéis acompañado de un calificativo harto duro, yo quiero saber...

GASTÓN. ¡Ah! ¿Vos queréis?

DUQUE. ¿Quién es?

GASTÓN. Nadie. El hijo del acusado

HECTOR. ¿Del acusado? ¿Y de qué está acusado mi padre? ¡Ah! ¿Tal vez de conspirador?

GASTÓN. ¡De conspirador y de ladrón!...

HECTOR. ¡Mentís! (Le tira un guante.)

DUQUE. ¡Caballero!

GASTÓN. ¡Já! ¡Já! ¡Já! Dejadle, amigos míos, dejadle. En cuanto á vuestro guante, recogedle vos mismo; como véis, no puedo aceptar el reto del hijo de un...

HECTOR. (Abalanzándose.) ¡¡Ladrón!! (Le sugetan.)

GASTÓN. ¡Vos lo digistéis! Y si lo dudáis, ved por dónde llevan á vuestro padre. Ahora vá á la Bastilla, y después á la guillotina... ¡Dejadle! ¡Dejadle! ¡Já! ¡Já! ¡Já! (Mutis por la derecha.)

ESCENA IV

Dichos y el padre de HECTOR, *por el segundo término derecha que cruza atado y entre soldados.*

HECTOR. ¡¡Padre!! ¡¡Padre!!

LEBLANC. ¡¡Hector!! ¡¡Hijo mío!! (Se detiene.)

HECTOR. ¡¡Cómo os encuentro, padre de mi vida!!

LEBLANC. ¡Preso, maniatado, acusado de ladrón y de traidor á mi Patria!... Pero honrado como cuando te dí el ser.

GENDARME. Seguid.

LEBLANC. Tal vez muera, hijo mío; si así sucede...

HECTOR. ¡Os vengaré!... ¡Os lo juro!

LEBLANC. Sí, véngame; pero sin aprovecharte jamás de tu poder. Véngame como hijo, no como republicano. Ellos acusándome, han echado un borrón sobre mi ideal. Conserva tú el tuyo limpio... Esa será la mayor venganza. Adiós... Adiós, hijo mío. (Mutis.)

HECTOR. ¡¡Padre!! ¡¡Padre de mi vida!! (Con desaliento.) ¡Jorge! ¡Renato! ¡Andrés! ¡Amigos míos! ¡Vosotros sois buenos! Vosotros creéis en la honradez de mi padre, en su inocencia. ¿Verdad? ¿Verdad que creéis?

JORGE. Yo creo en ella, Héctor. Yo soy un buen amigo tuyo; pero tu padre está acusado, y aunque tú no tengas la culpa... todo el mundo lo sabe... Yo soy un empleado... Si no fuera por esto, te juro... pero, ¡ya ves! ¡La fatalidad! ¡Adiós, Héctor! ¡Adiós!

RENATO. Yo te digo lo mismo. ¡Tú no tienes la culpa; pero... yo lo siento. ¡Adiós, Héctor! (Mutis.)

GUILLOT. (Aparte.) ¡Es un buen amigo! Yo le quiero; pero la duquesa... el dinero; por otro lado las narices... ¡Adiós, Héctor, adiós! (Mutis.)

ESCENA V

HECTOR, *solo.*

HECTOR. (Cayendo en una silla.) ¡Sólo! ¡Se van alejando!
¡Y eran los que me adulaban!
¡Los que mi farsa aclamaban!
Que, ¿qué es esto? Estoy llorando;
si yo no puedo sufrir
aunque me destroce el pecho;
¡si yo no tengo derecho
más que á reir, á reir!
¡Amistad! ¿En tal mentira
pudo creer mi candor?
No hay más verdad que el amor
de las mujeres... (Viendo aparecer á Elvira del brazo del Marqués.) ¡Elvira!

ESCENA VI

Dicho, MARQUÉS *y* ELVIRA.

HECTOR. ¡Elvira!
ELVIRA. ¡Héctor!
HECTOR. ¿Te avergüenzo acaso? ¿Te avergüenzas de tu amor?
ELVIRA. Yo te amo; pero mi honor...
MARQUES. (Con altanería.) Héctor, dejar franco el paso.
HECTOR. (Desesperado.) Dime, Elvira, que me quieres.
ELVIRA. (Con desaliento.) Héctor, ¿no ves que me muero?
MARQUES. ¡Elvira!
ELVIRA. Si yo le quiero.
HECTOR. (Con amargura.) El amor de las mujeres.
MARQUES. Vamos, Héctor, abreviad.
HECTOR. (Suplicante.) ¡Elvira!
MARQUES. No le hagas caso.
HECTOR. (Como un suspiro.) ¡Elvira!
MARQUES. Dejadnos paso.
ELVIRA. (A Héctor.) No os conozco. ¡Perdonad!
(Mutis por la casa del Marqués.)

ESCENA FINAL

HECTOR *y* CASCABEL.

HECTOR.

¡¡También ella!! ¡¡Sólo!! ¡¡Sólo!!

CASCABEL.

(Aparece en la puerta del teatrito, toca la campana, á cuyo sonido entra en escena algún público.)

Pasad, pasad, señores; adentro la comparsa.
Pasad, pasad, señores; la luz ya está encendida.
Vá á comenzar la farsa, «La farsa de la vida».

HECTOR.

¡Mientes! Ha comenzado la vida de la farsa.
La mundanal cortina ya levantada está.
Ya todo el mundo sabe mi deshonrado nombre.
Cállate y no pregones esa farsa, ¡buen hombre!
¡La otra, la más grande, ha comenzado ya!
Soy el protagonista... vosotros la comparsa,
y en esta gran comedia, por equivocación,
son, Cascabel, los hombres, muñecos en la farsa;
yo soy uno de tantos. ¡Payaso! Alza el telón.

TELÓN

CUADRO TERCERO

Salón suntuoso en casa del Conde Gastón. Al fondo escalinata y á ambos lados de ella galería con columnas. Al levantarse el telón, el BARON desciende por la escalera y GASTON le sale al encuentro.

ESCENA I

El CONDE GASTÓN *y* BARÓN

BARÓN. (Entra por el foro precedido de un Criado.) ¡Querido Conde! (Estrechando su mano.)

GASTÓN. ¡Adiós, Barón!

BARÓN. No diréis que no soy puntual en acudir á la fiesta; todavía no dieron las nueve.

GASTÓN. Como buen militar, sois la exactitud personificada; pero hablemos de otro asunto. Ya comprenderéis que esta fiesta, dada en honor de los empleados del ministerio, tiene una trascendental importancia, más grande que á primera vista parece.

BARÓN. Lo supuse en el momento que recibí la invitación.

GASTÓN. Pues sí, mi querido Barón; el objeto es hermanar por un momento á esa pobre plebe que murmura por su libertad perdida, con la aristocracia que se la quitó. Hay que tenerlos contentos; la Francia peligra.

BARÓN. Pero eso es ridículo, Gastón amigo. A los esclavos no se les debe tratar con consideraciones; ¡que arrastren su cadena, que para eso nacieron!

GASTÓN. ¿Y si pretenden sacudirse de ella?

BARÓN. Entonces se empuña el látigo.

GASTÓN. No es ese el medio, Barón. Esa chusma murmura demasiado alto, porque dispone de cabezas bien organizadas que los dirigen.

BARÓN. Mientras haya plomo suficiente en los almacenes del Estado, podéis dormir tranquilo; además, desechad todo temor, no conozco á nadie que valga la pena que esté de parte de los descontentos.

GASTÓN. Perdonad que vaya en contra de vuestra opinión. Héctor, sin ir más lejos, es uno de los rebeldes más decididos.

BARÓN. ¡Héctor! ¡Ah! ¡sí! el hijo de aquel que robó á vuestro padre. ¡Gran personaje!

GASTÓN. Y que yo sentencié á morir en la guillotina por ladrón y traidor.

BARÓN. ¿Y decís...?

GASTÓN. Que desde que su padre murió, es el más terrible de los revolucionarios.

BARÓN. Pues que lleve el hijo el mismo camino que llevó el padre, y concluído.

GASTÓN. Hace falta un motivo, Barón; no se puede matar á un hombre por sus ideas.

BARÓN. Veo que sois un niño.

ESCENA II

Dichos y ELVIRA *por la derecha.*

ELVIRA. Gastón, Gastón, los invitados reclaman tu presencia. (Reparando en el Barón.) ¡Ah! Barón.

BARÓN. A vuestros pies, condesa.

ELVIRA. Dispensad si os he interrumpido.

BARÓN. No, querida, no; si hablábamos de cosas sin importancia. ¿Verdad, Conde?

GASTÓN. Sin ninguna importancia.

BARÓN. Figuráos que hablábamos de cortar la cabeza á un plebeyo.

ELVIRA. ¡Qué horror! ¡Pobrecillo!

ESCENA III

Dichos y CRIADO

CRIADO. (Desde la escalinata del foro.) ¡Señor!

GASTÓN. ¿Qué quieres?

CRIADO. Un caballero mal vestido y de extraño tipo dice que desea entrar en el salón.

GASTÓN. ¿Trae invitación?

CRIADO. Dice que, sin duda, el señor Conde se habrá olvidado mandársela; pero que V. E. se alegrará de verle.

GASTÓN. ¿No dijo su nombre?

CRIADO. Me parece haberle oído que se llama Cascabel.

GASTÓN. (Con temor.) ¡Cascabel!

ELVIRA. ¿Le conoces?

GASTÓN. Sí, es un payaso que en otros tiempos me

prestó algún servicio. (Al criado) Decidle que pase. (Mutis del Criado.) Barón, permitidme breves momentos. Dejaos conducir por mi esposa y ella os llevará con el resto de los invitados.

BARÓN. (Ofrece el brazo á Elvira.) Condesa, aceptad el brazo de un adorador.

GASTÓN. (En tono alegre.) Barón, no enamorarla, por Dios.

BARÓN. Descuidad, Conde; la gota es incompatible con el amor. ¡Ah! Lo sé por experiencia.

(Mutis de los dos)

ESCENA IV

GASTÓN, CASCABEL *y* CRIADO

CRIADO. (Anunciando.) ¡El caballero Cascabel!

CASCABEL. ¡Uy! Muchas gracias, hombre; tú me has confundido. (Mutis del Criado.) Es la primera vez que me llaman caballero, mi palabra de honor.

(Mutis el Criado.)

GASTÓN. ¿Qué quieres? ¿A qué vienes á molestarme?

CASCABEL. Vaya una manera que teneis de recibir á los antiguos camaradas.

GASTÓN. (Cada vez más irritado.) Habla, payaso; habla, por tu vida. ¿Qué es lo que deseas de mí?

CASCABEL. ¡Calma, señor Conde, calma! Vine únicamente á recoger las migajas sobrantes de vuestro festín.

GASTÓN. ¡Imprudente! ¿No comprendes que si te conocen darás que hablar? El miserable farandulero de barracas no puede tener amistad con el Conde Gastón de Albania.

CASCABEL. (En tono burlón.) ¡Oh! ¡Estad tranquilo! Vine completamente disfrazado, hasta vuestro criado me llamó caballero. La sociedad que habitamos es tan imbécil, que juzga nada más que por las apariencias. Un gabán bastó para convertir al miserable payaso en un caballero de alcurnia. Vuestra levita sobra para cubrir al canalla, transformándolo en un perfecto aristócrata. No nos conocerán, señor Conde, no nos conocerán. (Riendo sarcásticamente.)

GASTÓN. ¡Calla, Cascabel, calla!

CASCABEL. Señor, es imposible; á Cascabel lo lanzásteis al abismo y no dejará de sonar hasta que no caiga sobre él un montón de oro.

GASTÓN. ¿Cuánto necesitas?

CASCABEL. Una miseria, señor: tres mil francos no más.

GASTÓN. Imposible, no dispongo de esa suma.

CASCABEL. Dadme entonces cuatro mil.

GASTÓN. ¿Qué dices?

CASCABEL. Que con cinco mil me conformo.

GASTÓN. ¿Te burlas, miserable?

CASCABEL. Seis mil, seis mil es la suma que necesito. ¡Ah! y no apuraos si no me la podéis dar; yo encontraré quien me los dé. Conozco á un poeta llamado Héctor Leblanc, hijo de aquel cajero que á pesar de su inocencia murió en la guillotina, que me daría un buen puñado de plata por un documento firmado por vos y que yo guardo en mi poder como una reliquia.

GASTÓN. Y ¿ese documento?... (Con ira reconcentrada.)

CASCABEL. (Burlón.) ¡Ah! No temáis. Ese documento no saldrá de mi poder mientras el señor Conde siga favoreciendo á este desdichado payaso; pero si llegase el caso contrario... entonces...

GASTÓN. Entonces, ¿qué?

CASCABEL. Entonces Héctor Leblanc tendría una alegría grandísima.

GASTÓN. ¿Me amenazas, histrión?

CASCABEL. Es una advertencia, Conde.

GASTÓN. Está bien; vuelve después que termine la fiesta y tendrás esa suma.

CASCABEL. ¿Los seis mil?

GASTÓN. ¡Los seis mil!

CASCABEL. Adiós entonces, camarada.

GASTÓN. ¡Insolente!

CASCABEL. ¡Ah! ¿Os enfadáis porque os llamo camarada?

GASTÓN. ¿Yo camarada tuyo?

CASCABEL. Sí, lo somos, señor Conde. ¿Por qué ese enfado? Yo soy un comediante que representa farsas de la vida en los escenarios de los barracones, y vos... vos sois un farsante que representa comedias en los escenarios del gran mundo y del parlamento. ¿Véis cómo somos camaradas? La única diferencia que existe entre ambos es que vos en vuestros trabajos usáis la levita, yo en cambio solo necesito la blusa; pero al fin los dos somos faranduleros. He tenido el honor de saludaros, señor Conde.

(Mutis riendo por la escalinata.)

GASTÓN. Ríe, ríe, miserable histrión; no tardarás mucho en arrepentirte de tu osadía.

ESCENA V

GASTÓN *y* CRIADO *por el foro.*

GASTÓN. (Llamando.) ¡Juan! ¡Juan!
CRIADO. (Apareciendo.) ¿Mandáis algo, señor?
GASTÓN. Vete al primer puesto de policía y dile al comisario de mi parte que me envíe dos gendarmes.
CRIADO. Está bien, señor.
GASTÓN. ¡Ah! Cuando vuelva luego ese hombre que acaba de salir, déjale pasar al jardín.

(Mutis del Criado).

ESCENA VI

GASTÓN, ELVIRA, *después el* BARÓN, *nobles de ambos sexos y plebeyos.*

ELVIRA. (Entrando.) Gastón, pero hijo: hace tres horas que te estamos esperando. Los invitados vienen á buscarte en son de protesta por las pocas atenciones que guardas con ellos.
GASTÓN. Pero mujer, haberme disculpado.
BARÓN. (Entra con todos los invitados.) No valen disculpas, amigo mío; venimos á reñiros por descortés.
GASTÓN. Señores, perdonadme; pero graves asuntos me alejaron de vuestra grata compañía, reteniéndome, bien á pesar mío, en otro lado.

ESCENA VII

Dichos y los DUQUES DEL RAGOUT, *por el foro.*

CRIADO. (Anunciando.) Los señores Duques del Ragout.
BARÓN. (Saliendo al encuentro.) Duquesa, amiga.
DUQUESA. Adiós, Barón. (Hablan en voz baja.)
GASTÓN. Gran Guillot, ¿cómo sigues?
GUILLOT. Regular nada más, Conde.
ELVIRA. Tenemos que reñiros.
GUILLOT. ¿Cometí algún delito, Elvira?
ELVIRA. De lesa amistad.
GASTÓN. Desde que dejaste de ser empleado de mi casa para casarte con la Duquesa, te vendes muy caro.
GUILLOT. ¡Ay, amigos míos! La Duquesa es un pe-

rro dogo; no me deja salir ni á misa. ¡Yo que creía que era tan fácil digerir una duquesa! Ya os acordaréis que yo me desayunaba antes con una duquesita. Bueno, pues ahora las tengo horror, porque me ha tocado una con todo el bigote.

BARÓN. (A la Duquesa.) Pues sí, amiga mía, 200.000 francos en caballos y coches.

DUQUESA. Pero eso es un dineral en tonto, Barón.

BARÓN. Yo soy así, Duquesa. Hasta después. (Se mezcla con los invitados.)

GUILLOT. ¿Qué le decías al Barón, querida?

DUQUESA. Que se había gastado un dineral en tonto.

GUILLOT. ¡En tonto! Casi todos los barones gastan mucho dinero en lo mismo.

DUQUESA. Yo me lo gastaría en viajar; tengo deseos locos de visitar la Roma, de ver la Grecia, de irme al Niágara.

GUILLOT. Sí, pues vete al Niágara, verás lo que es bueno.

ELVIRA. Señores, formad parejas, que vá á dar comienzo el último minué.

JORGE. (Los tres plebeyos sé acercan á Guillot.) Guillot, ¿ya no te acuerdas de los antiguos amigos?

GUILLOT. (Abrazándolos.) ¡Queridos camaradas! ¿Qué tal os vá?

JORGE. Cada día peor. Pero oye, ¿quién es ese gendarme con quien hablabas?

GUILLOT. ¿Ese gendarme? ¡Eh! Pues ese gendarme... es mi señora.

JORGE. ¡Hombre, dispensa!

GUILLOT. No, no, si no me enfado. Es una esposa de saldo que me tocó en la rifa.

ANDRES. Preséntanosla.

GUILLOT. Temo que os muerda; viene sin bozal.

DUQUESA. (Interrumpiéndole.) Esposo, ¿bailamos el minué?

GUILLOT. (A los mismos.) ¿Véis cómo ladra? (Los amigos ríen.) Hasta después. Ya os buscaré para echar un párrafo.

(La música empieza á preludiar un minué, y las parejas comienzan á formarse. Al poco tiempo se oye ruído fuerte.)

ESCENA VIII

Dichos y CRIADO.

CRIADO. (Anunciando.) El caballero Héctor Leblanc, á

pesar de mis esfuerzos por impedírselo, se acerca al salón y se obstina en pasar.

GASTÓN. ¿Leblanc aquí? (Todos dejan de bailar.)

CRIADO. Dijo que deseaba hablar con el señor Conde.

GASTÓN. Decidle que el Conde Gastón no acostumbra á recibir en su casa á los malos caballeros.

BARÓN. La aristocracia francesa no puede alternar con semejantes hombres: los desprecia.

ESCENA IX

Dichos y HECTOR, *por el foro.*

HECTOR. (Aparece por la escalinata y contempla á todos con desprec o.)
Para los hombres que son honrados
y limpio tienen el corazón,
vuestro desprecio, nobles menguados,
hace más digna su condición.
Para esa Francia tan mancillada,
que por las calles luchando vá
y al grito patrio, con voz sagrada,
cantan triunfantes su libertad.
Vuestros cuarteles, vuestra grandeza,
vuestra hidalguía, piltrafas son.
¿Qué vale, necios, vuestra nobleza
con la nobleza del corazón?
Soy caballero, porque soy hombre;
soy un poeta y soy honrado.
Limpio mi padre guardó su nombre
y limpio el hijo lo ha conservado.

GASTÓN. Hector, marchaos, sois un farsante,
á mis amigos causáis enojo.

HECTOR. Vine á tirarles mi limpio guante.
¿No hay quien lo coja? (Arroja un guante.)

ELVIRA. (Saliendo y recogiendo el guante.) Yo le recojo.

HECTOR. Rival soberbia, por Dios, me toca.
Mas yo no acepto tan grande honor.

ELVIRA. ¿Y si os insulto?

HECTOR. En vuestra boca,
será un insulto fragante flor;
flor que no hiere más que en el alma,
y aunque la herida cause dolor,
se la recibe con santa calma.
¿No véis, señora, que es una flor?

GASTÓN. Galante eres.

HECTOR. (Con altanería.) Soy caballero.

GASTÓN. Y aquí, ¿á quién buscas?
HECTOR. Aunque os asombre,
á vos os busco y hablaros quiero.
GASTÓN. Dejadme solo con este hombre.
(Todos hacen mutis.)

ESCENA X

GASTÓN *y* HECTOR.

GASTÓN. ¿Qué quéreis?
HECTOR. Vuestra atención,
Conde, por breves momentos.
Vengo á hablaros de mi padre;
vengo á suplicaros; vengo
á pediros de rodillas
por la memoria de un viejo
honrado, que devolváis
la honra á su apellido. Quiero,
señor Conde, á vuestras plantas
pediros de angustia lleno,
que hagáis probar su inocencia,
que se revise el proceso.
Todo esto os lo suplico. (Pausa.)
Soy orgulloso y soberbio;
pero el nombre de mi padre
está ante mi orgullo puesto,
y pues que yo lo depongo
deponed vos, Conde, el vuestro.
Pido que me hagáis justicia,
y que me la haréis espero,
pues lo que os pido es tan santo,
es tan justo y es tan bueno,
que si os negáis á ayudarme
creer á la fuerza debo
ó que sois un miserable
ó que no hay Dios en el cielo.
GASTÓN. Así encontraros quería.
(¡Qué ocasión!) Amigo Héctor,
aunque sepa que me odiáis
voy hoy mismo á complaceros.
Mas no creáis que las súplicas
vuestras me mueven á hacerlo.
Vuestro padre era inocente.
HECTOR. ¡Por Cristo! ¿Qué estáis diciendo?
GASTÓN. Que me consta lo que os digo,

que sobre mi alma tengo
un peso tremendo, horrible,
y que quitarme quiero.
Ya que no puedo su vida,
devolverle su honra debo,
y aunque haciéndolo me pierda
os juro que voy á hacerlo.
Sé quién fué el ladrón.

HEGTOR. ¿Sabéis?
¡Hablad! ¡Hablad, caballero!
¿Fué...?

GASTÓN. Cascabel el payaso.

HECTOR. ¡Cascabel! Ahora comprendo
por qué jamás se ha atrevido
á hablarme. ¡Tenía miedo
de que leyese en sus ojos
de asesino, su secreto!
Pero, ¿no podría ser
una astucia?

GASTÓN. ¡Caballero!
¿De lo que os digo dudáis?
En verdad. ¡No lo merezco!
Pero Cascabel vendrá
aquí dentro de un momento,
y podéis probar vos mismo
si lo que os he dicho es cierto.

CRIADO. Señor Conde, ese señor
Cascabel desea veros.

GASTÓN. Que pase.

HECTOR. ¡Ah, padre mío,
hoy al fin vengarte puedo!

GASTÓN. (Aparte.) Cayó el pájaro en las redes,
una vez Cascabel muerto
ya podré vivir tranquilo.

ESCENA FINAL

Dichos, CASCABEL *y* CORO.

HECTOR. ¡El, es, él es!

CASCABEL. (Cortado.) ¡Señor Héctor!

HECTOR. Ven, ladrón. Sé que por tí
está mi buen padre muerto,
y ó me lo confiesas tú,
ó te arranco tu secreto
con la vida. ¡Habla, canalla!

¿Fuístes tú el ladrón?

CASCABEL. Sí... pero...

(Quiere culpar al Conde; pero Héctor le echa las manos al cuello y lo estrangula antes de que pueda hablar.)

HECTOR. ¡No te disculpes, bandido!
Pague tu vida tus hechos.

(Le estrangula y le tira al suelo. Cascabel en su agonía, se mete la mano en el bolsillo y saca un papel.)

GASTÓN. ¡Aquí todos mis criados!
¡Socorro! Ese hombre, prendedlo.

(Aparecen varios invitados.)

HECTOR. Al que se acerque, lo mato.
¡Un papel! ¡Conde! ¿Qué es esto?

GASTÓN. ¡Está loco! (¡Me he perdido!)
¡Detenedlo! ¡Detenedlo!

HECTOR. ¡¡¡Fuísteis vos!!!

CRIADO. ¡La policía!

GASTÓN. ¡Que le prendan!

COMISARIO. (Saliendo.) ¡Date preso!

HECTOR. ¡Preso yo! ¡Presos vosotros! (Da un salto y queda en la escalinata amenazador y sombrío.)
Conde Gastón, te prometo
por la honra de mi padre
que á encontrarnos volveremos.

GASTÓN. ¡Maldición! ¡Que se os escapa!
¡Perseguidle! ¡Fuego! ¡Fuego!

TELÓN

CUADRO CUARTO

Interior de un figón en las afueras de París. Puerta cerrada al foro. Mostrador con botellas y vasos. En el primer término derecha una mesa de taberna y varios taburetes; en ellos JORGE, GUILLOT, RENATO y ANDRES. En el lateral opuesto otra mesa y ante ella HECTOR escribe, vuelto de espaldas á los demás. Rodean la mesa de Jorge tres grisetas.

ESCENA I

JORGE, GUILLOT, RENATO, ANDRÉS, HECTOR, BRUNOT *y* GRISETAS 1.ª y 2.ª

Música.

Baile por Renato y Grisetas 1.ª y 2.ª (1)
(En las advertencias se explica este baile.)

Hablado.

BRUNOT. (Entrando azorado.) Señores: frente á la casa acabo de ver unos cuantos ciudadanos que me parecen agentes de la Monarquía.

JORGE. Idos entonces, lindas grisetas, y venid de vez en cuando á alegrar nuestra vida.

(Mutis de las grisetas.)

ESCENA II

Los mismos menos las grisetas.

GUILLOT. ¡Ah, la vida! ¡Nuestra pobre vida! ¡Perseguidos por conspiradores!... Y gracias á que nadie sabe que el buen maese Brunot alberga en su casa á los republicanos, que si no...

RENATO. Es horroroso el modo de perseguirnos.

BRUNOT. Ciudadanos, mientras estéis en mi casa, estad tranquilos; la policía no sospecha de mí.

JORGE. Maese Brunot, no nos habéis dicho quién es aquel ciudadano.

BRUNOT. ¡Ah! No puedo decíroslo; básteos saber que es un buen servidor de la República.

GUILLOT. ¡Qué abstraido está!

RENATO. Es necesario que sepamos quién es. Veámoslo.

BRUNOT. Os advierto que tiene malas pulgas.

JORGE. ¡Bah! Somos cuatro.

(1) Este baile puede suprimirse.

BRUNOT. Pues para los cuatro se basta él solo.

GUILLOT. Veréis cómo con amabilidad consigo saber quién es. (Se acerca á Héctor.) Perdonad, ciudadano. En nombre de tres compañeros míos os ofrezco esta petaca por si queréis llenar vuestra pipa.

HECTOR. No fumo.

RENATO. ¿Qué dice?

GUILLOT. Que no fuma.

RENATO. Beberá.

GUILLOT. Probaré. (A Héctor.) Si no fumáis, al menos aceptaréis un trago de este exquisito...

HECTOR. No bebo.

RENATO. ¿Qué dice?

GUILLOT. Que no bebe.

JORGE. Comerá al menos.

GUILLOT. ¡Naturalmente! Puesto que ni fumáis, ni bebéis, esta tajadita de conejo os sabrá...

HECTOR. No como.

RENATO. ¿Qué dice?

GUILLOT. ¡¡Que no come!! ¡¡Dichoso él!! ¡Ah! De todos modos sabré quién es... ¿Tendríais la amabilidad de decirme quién sois?

HECTOR. Tu verdugo, imbécil. (Le pega una bofetada sin menearse del sitio donde estará sentado.)

RENATO. ¿Qué dice?

GUILLOT. (Le pega.) Pregúntaselo tú, imbécil.

JORGE. Eso no podemos tolerarlo, caballero; habéis ofendido á un ciudadano y vengo á pediros una reparación.

HECTOR. ¿No contentos con escarnecerme venís á desafiarme?

JORGE. ¡Héctor!

GUILLOT. ¡Ay, María Santísima!

HECTOR. ¿Son estos, maese Brunot, los republicanos que albergáis en vuestra casa? ¿No los conocéis, verdad? Yo os diré quiénes son. Ese es Jorge Lambert, secretario del Marqués de Albania...

JORGE. Ya no lo soy.

HECTOR. Lo fuiste y empleados suyos tus compañeros, y todos renegásteis de mi amistad cuando guillotinaron á mi padre por servir á la República. Y tú, Guillot, ¿qué has hecho de tu mujer, la vieja duquesa?

GUILLOT. Perdón, excelencia; sed compasivo, que yo no hago daño á nadie.

JORGE. ¡Perdón, Héctor!

HECTOR. No necesitáis mi perdón, como yo no necesito vuestra amistad. ¡Esclavos del Marqués de Albania, id á adularle, que á mí no me hacen falta vuestras adulaciones; servid á la Monarquía, que la República no quiere siervos... quiere hombres. (Se sienta.)

GUILLOT. Yo me largo. (Mutis.)

ESCENA III

Dichos, menos GUILLOT

JORGE. Héctor... perdonadme; yo te defendí siempre.

HECTOR. Aunque quisiera no puedo perdonarte. En mi alma no hay compasión, no hay más que venganza.

JORGE. ¿De quién?

HECTOR. ¡De todos! De todos los que con su silencio, ¡cien veces más criminal que la acusación, contribuyeron á la muerte de mi padre... á la confiscación de mis bienes... al asesinato de mi amor, de mis ilusiones.

ESCENA IV

Dichos y GUILLOT, *por el foro.*

GUILLOT. ¡Compañeros! ¡Ciudadanos! ¡Maese Brunot! ¡Andrés! ¡Renato!

JORGE. ¿Qué sucede, Guillot?

GUILLOT. La revolución ha estallado. El pueblo recorre las calles llevando cabezas de nobles puestas en picas. Los reyes han desaparecido. El palacio del Marqués de Albania ha sido asaltado y han decapitado al Conde Gastón.

HECTOR. ¿Y Elvira? ¿Y Elvira?

GUILLOT. Nada se sabe de ella, ni del Marqués. La Francia resucita, ciudadanos ¡Viva la Francia!

TODOS. ¡¡Viva!!

HECTOR. Os perdono, ciudadanos. En estos momentos críticos, nada de luchas intestinas, debemos unirnos para derribar al enemigo común.

(Llaman á la puerta.)

GUILLOT. ¡La policía! (Se esconde bajo una mesa.)

HECTOR. ¿No oís... maese Brunot?

BRUNOT. Lo oigo... pero... (Llaman.)
HECTOR. ¡Abrid esa puerta!

ESCEEA V

Dichos, el MARQUÉS *y* ELVIRA.

MARQUÉS. (Con un ropón.) ¡El dueño de esta tienda!
BRUNOT. Para serviros, ciudadanos.
MARQUÉS. Soy un pobre mercader á quien los revolucionarios han prendido la casa, y vengo á pedir albergue.
BRUNOT. Lo siento, ciudadano; no podéis pasar.
MARQUES. Es que...
BRUNOT. Os repito que lo siento.
ELVIRA. ¿Qué vá á ser de nosotros, tío?
HECTOR. ¡Elvira! Maese Brunot, que pasen.
BRUNOT. ¡Pasad! (Entran.)
HECTOR. Sentáos. ¿Queréis tomar algo?
MARQUES. Nada, caballero.
HECTOR. ¿Por qué ocultáis el semblante? ¿Es acaso vuestra conciencia la que os obliga á ello, Marqués de Albania?
MARQUES. ¿Qué decís?
ELVIRA. ¡Héctor, por Dios!
HECTOR. ¡Que es inútil vuestro fingimiento, señor Marqués! Que os he conocido.
MARQUES. Pues bien, podéis hacer lo que gustéis. ¿Váis á matarme? ¿Habéis prosperado en vuestra carrera revolucionaria? ¿Sois ya verdugo?
HECTOR. ¡Marqués! No me provoquéis. No toméis ese aire de juez... porque aquí no debe haber más juez que yo. A mí se me ha abofeteado, se me ha dejado sin padre, se me ha injuriado, se me ha escarnecido...
MARQUES. ¡Pues bien, vengáos! ¿Con qué os váis á resarcir?
HECTOR. Con vuestra vida.
ELVIRA. ¡Héctor! ¡Por la memoria de vuestro padre!
HECTOR. ¡Mi padre! ¡No lo nombréis, Elvira; no lo nombréis! ¡No olvidéis que sois de regia estirpe! ¡Já!... ¡Já!... ¡Já!...
ELVIRA. ¡Héctor! ¡Héctor!
HECTOR. ¡Señorita... perdonad! ¡No os conozco! ¡Já!... ¡Já!... ¡Já!...

MARQUES. ¡Héctor! Vive Dios... que á estar fuera de aquí...

HECTOR. Sería igual; como véis todos, yo no puedo batirme con el padre de un ladrón. ¡Já!... ¡Já!... ¡Já!...

MARQUES. Pues bien, si váis á entregarme á los asesinos, hacedlo.

GUILLOT. Héctor, los revolucionarios se acercan.

ELVIRA. ¡Tío! ¡Tío mío! ¡Estamos perdidos!

(Golpes en la puerta.)

VOZ (Dentro.) ¡Venimos persiguiendo al Marqués de Albania! ¡Muera!

VOCES. ¡Muera! (Dentro.)

HECTOR. ¿Oís? ¡Piden vuestra vida!

ELVIRA. ¡Héctor! ¡Por vuestra madre!

MARQUES. Asesino, abreviad.

ELVIRA. Héctor, por aquel amor
que te hizo felíz un día,
no alargues nuestra agonía,
abrevia nuestro dolor;
vas á mancharte al matar
á un viejo y á una mujer.
¡Es más noble perdonar,
así se puede llegar
á lo que tú quieres ser!

MARQUES. No supliques. Mi arrogancia
la muerte sufrir podrá.
Y así ese infame verá
cómo muere un noble en Francia.

ELVIRA. Hacéis mal en incitarle.

MARQUES. Que pruebe en mí su pujanza.

HECTOR. Mi padre pide venganza,
y voy, Marqués, á vengarle.

ELVIRA. Tío, estoy de espanto muerta.

MARQUES. (No me ví en trance más fuerte.)
¡Canalla! ¡Venga la muerte!

HECTOR. (Fuera de sí.) ¡Posadero! ¡¡Abrid la puerta!!

ESCENA FINAL

Al abrir la puerta Maeso Brunot desordenada y atropelladamente, penetra un populacho hetereogéneo; muchos llevan gorro frigio, y todos van armados con sables y picas. Mujeres, andrajosamente vestidas, se mezclan con las turbas, y unen su clamoreo al de los hombres.

REVOLS. ¡Que muera el Marqués!

HECTOR. ¡Atrás!

REVOLS. Le hemos visto entrar aquí.
HECTOR. Sí, y como yo le cogí,
su vida es mía, no más.
El empleó en humillarme
su fuerza y su poderío...
Ahora que por fin es mío
voy del Marqués á vengarme.
TODOS. ¡Muera el tirano!
JORGE. La pública
opinión así lo quiere.
HECTOR. ¿No comprendéis que si muere
vais á manchar la República?
VARIOS. ¡Morirá!
REVOLS. ¡No aguardad más!
GUILLOT. ¡Destronquemos la nobleza!
UNOS. ¡Su cabeza!
OTROS. ¡Su cabeza!
JORGE. ¡Ciudadanos, á él! (Todos se abalanzan al Marqués y á Elvira.)
HECTOR. (Conteniéndoles con el ademán.) ¡¡Atrás!!
Vengados pronto estaréis.
¡Mío es, pues yo le prendo!
TODOS. ¡Que muera!
HECTOR. Yo le defiendo.
¡Tocadle si os atrevéis!
¡Deshonrad vuestros blasones!
¡¡Lo que hacéis, deshonra es!! (Transición.)
Así se vengan, Marqués,
los hijos de los ladrones.
(Al coro.) Uno á uno, ¡cara á cara!
salid, si queréis que muera.
JORGE. ¿Quién le ampara?
HECTOR. (Arranca la tela de la bandera de manos del Revolucionario 1.°, y cubriendo con ella al Marqués y á Elvira, los protege, mientras loco y frenético avanza hacia la turba y grita:)
¡¡La bandera!!
¡¡¡La República le ampara!!!
(Los revolucionarios retroceden y se descubren.)

Cuadro.

Fuerte en la orquesta, algunos compases de *La Marsellesa.*

FIN DE LA OBRA

ADVERTENCIAS

El actor encargado del papel de Cascabel, le vestirá pobremente en el primer cuadro; de payaso en el 2.º, y pobre; pero mejor que en el primero, y con gabán en el 3.º

Se recomienda á los señores directores de escena, que desde la entrada del Marqués de Albania, no cesen los rumores del populacho fuera, así como que la entrada de éste sea desordenada é impetuosa.

El baile del cuadro 4.º, es un corto *potpurri*, compuesto con unos compases de *vals*, baile inglés y can-cán, como indica la música.

Precio: Una peseta.